

LA POPULARIZACIÓN DEL SABER

Desde que por el esfuerzo de nuestros mayores constituyóse con un fragmento de la vieja colonia la que el poeta llamara, en el énfasis arrogante de aquellos tiempos heroicos, «una nueva y gloriosa nación», la adopción del régimen republicano de gobierno nos planteó, en términos perentorios, el problema de la enseñanza pública.

Y puesto que nos dimos instituciones libres, debimos ponerlas bajo la salvaguarda de masas ilustradas.

No hay más que una forma de democratizar el poder, y es: democratizar la cultura. Tan repugnantes al sistema representativo son las castas intelectuales como las castas sociales; y la soberanía que coexiste con muchedumbres analfabetas es algo más que una mentira convencional, es una miserable soberanía pronta siempre á prostituirse á las plantas de los aventureros audaces ó de los césares libertadores. Siendo esto así, dice Adolfo Posada, la necesidad de cuidar los elementos todos de un país, difundiendo las luces todas, los bienes todos con el aire respirable y puro del espíritu, es una consecuencia natural y precisa. Si el movimiento democrático, que no es ya hoy un puro movimiento igualitario, resulta real, positivo, inexcusable; si, por virtud de mil causas complejas, todas las clases sociales entran en la vida pública y se convierten, poco á poco, en factores influyentes de opinión, en instrumentos de acción social, económica y política; si la conciencia jurídica moderna rechaza, cada vez con mayor repugnancia, todo lo que signifique privilegio y exclusión, fiándolo todo al esfuerzo personal y á la aptitud del sujeto, el egoísmo más elemental aconseja el mejoramiento de las condiciones propias de cuantos por algún concepto, habrán de tener que intervenir en las relaciones sociales.

Y siendo una de esas condiciones la cultura, termina el citado escritor, la expansión de la cultura tiene que ser una de las preocupaciones más apremiantes y atractivas.

Por mucho tiempo, por espacio de un siglo, la necesidad de elevar la educación del pueblo á la altura de las instituciones libres, pareció satisfacerse con la fórmula de la revolución francesa que, por el órgano de Condorcet, declaraba á la instrucción primaria, capaz de dar á cada hombre el minimum de conocimientos indispensables para llenar el fin de la vida. Pero en el transcurso de cien años, el tesoro intelectual de la humanidad ha tenido acrecentamientos maravillosos.

En otros tiempos fué relativamente fácil encontrar hombres que dominando todos los conocimientos humanos podían disertar *de omni re*

scibili et quis busdam aliis. En los días que corren no hay existencia que por larga ni mente que por robusta, pueda preciarse de alcanzar tales prodigios de erudición. El empleo del método experimental en la investigación de los fenómenos que se refieren al mundo y al hombre, á la naturaleza y á la sociedad, ha dilatado de tal manera los horizontes del saber, que el breve ciclo de la escuela primaria, resulta hoy insuficiente para inculcar al educando nociones cuya ignorancia coloca á los hombres en situación muy desventajosa para luchar y vencer en los combates de la vida civilizada.

En consecuencia, se ha empezado á convenir en que la enseñanza primaria, cortada según el patrón clásico, concebida á la manera alemana como enseñanza popular, como escuela de pobres (*Armenschule*), separada de los gimnasios burgueses por abismos de preocupaciones, destinada á dispensar á quienes las frecuentan, la cantidad precisa de conocimientos que cuadran á gentes de su condición, sin abrir siquiera para esas almas ávidas de bienestar, las fuentes eternas de la esperanza, se ha empezado á convenir, decíamos, en que esa instrucción primaria, deficiente como cultura, es, además, una concepción aristocrática que ahonda las desigualdades sociales y retarda la evolución de los organismos políticos, hacia la democracia.

Buscando solución á este estado de cosas, tratando de conciliar la conveniencia de ensanchar los conocimientos transmitidos al pueblo por la escuela primaria con la imposibilidad de que éste siga los cursos secundarios y superiores, ha surgido en los últimos veinte años, una enseñanza multiforme que amplifica la primaria, pero que es más libre, menos profunda y más flexible que la superior y que se denomina post-escolar, porque, en efecto, se verifica generalmente, cuando el alumno abandona la escuela para utilizar sus energías en labores remunerativas.

A notar la excepción que ofrece Francia, donde este complemento de educación alcanza una vigorosa intensidad en las llamadas «escuelas primarias superiores», unidades integrantes y con funciones propias en el complejo organismo escolar de aquel país. Caracterizándolas, decía un eminente ministro de instrucción pública: creemos hacer un verdadero servicio al país estableciendo un grado superior en la instrucción primaria que, sin entrar en la enseñanza clásica y científica propiamente dicha, da sin embargo, á una parte numerosa de la población una cultura un poco más elevada que la que le daba hasta aquí la instrucción primaria; que agrega á los conocimientos indispensables á todos los hombres, los conocimientos útiles á muchos, y que, por una feliz combinación de la escuela y el taller, asocia á un complemento de instrucción general, un principio de instrucción profesional.

Con un plan de estudios que abarca tres años, bien delineadas sus cuatro secciones principales: la de estudios generales, la agrícola, la industrial y la comercial; penetradas de una preocupación práctica en cuya virtud no se enseña de historia sino lo que puede formar el espíritu cívico, de geografía sino lo que debe interesar é instruir el futuro comerciante, de matemáticas sino lo que se aplica á los negocios, de ciencias físicas sino lo que sirve de punto de partida para trabajos industriales; de ciencias naturales sino lo que será útil para el agricultor, etc., las escuelas primarias superiores de Francia, en cuyas aulas rumorosas como colmenas encontró fraternal hospitalidad el obscuro maestro que esto escribe, son un excelente modelo que convendría imitar, adaptándolo á nuestros medios, no solamente como un coronamiento de la instrucción primaria argentina, sino también como un contrapeso á la influencia peligrosa de la enseñanza

secundaria, que suele engendrar gustos y hábitos incompatibles con ciertas condiciones modestas y que, arrancando á muchos jóvenes de su natural esfera de acción, pone sobre su destino el sello de la impotencia y echa sobre la sociedad la pesada carga de los deplacées, de los rebeldes, de los fracasados.

No entra en mis propósitos hacer aquí el análisis de las variadas formas que asume la educación post-escolar: clases para adultos, casi siempre nocturnas, bibliotecas, museos, centros de expansión artística, etc. Basta al fin concreto de este breve artículo, recordar las dos manifestaciones superiores del gran movimiento regenerador de la cultura pública: la Extensión Universitaria y la Universidad Popular; la universidad que va hacia el pueblo y el pueblo que va hacia la universidad; luz que descende de lo alto y almas que ascienden hacia la luz, doble movimiento que se resuelve, en rigor, en uno solo, el de la universidad y el pueblo que se buscan y se encuentran en una común aspiración por el arte, la ciencia, la naturaleza, la vida plena, por todo lo que da un sentido noble á la existencia y calma los dolores y apacigua los corazones y levanta como un blasón sobre todas las flaquezas, el entusiasmo por la verdad y la fe en la solidaridad humana.

Como muchas de las cosas útiles que corren por el mundo, tuvieron orígenes muy modestos estas dos fuerzas educadoras.

En algunas ciudades de Inglaterra se constituyeron asociaciones de señoras, y como los grandes pensamientos nacen siempre del corazón, aquellas damas cayeron en la extravagancia de no apasionarse por los diarios de modas y organizaron conferencias á cargo de los graduados de las universidades.

Esas conferencias, refiere Max Leclerc, que tenían lugar por la tarde y que eran exclusivamente para señoras, alcanzaron tal éxito que se quiso aprovechar doblemente la presencia del orador en la ciudad, y á este fin se lo invitó á repetir su lección por la noche para los obreros y demás personas ocupadas durante la tarde.

La *causerie* inteligente, amena, matizada con flores galanas del jardín de la elocuencia, ya que la melodía retórica ha sido siempre una debilidad del espíritu humano, tal fue el génesis de la Extensión, que luego no más perfeccionó sus métodos, y en cursos, compendios, syllabus y clases inició esa obra colosal de vulgarización científica, que no se limita ya á sermonear y sembrar dogmáticamente ideas, sino que, disciplina moral ante todo, lleva luz al cerebro, forma hábitos de estudio, inspira el gusto del saber, enseña el amor y el respeto por las cosas elevadas y sella, en un ambiente de recíproca tolerancia, las fraternidades intelectuales, que son el basamento granítico de la paz y la armonía social.

Mientras la nación inglesa, con la energía y la perseverancia que son las fuertes virtudes de su carácter, transformaba la feliz inspiración de sus damas en una vigorosa empresa de redención popular, al otro lado de la Mancha, en cuna más humilde, nacieron las universidades proletarias.

Cierto día ⁽¹⁾, unos cuantos obreros, movidos por la esperanza, quizá por la ilusión de un porvenir mejor, se pusieron á practicar el comunismo. Era en Montreuil, y todos trabajaban para todos, gratuitamente, tomando cada uno de los otros lo necesario para vivir. El grupo fué disuelto y perseguidos sus miembros. Pero más tarde volvieron á reunirse algunos, y entonces, para estudiar las ciencias naturales. La ignorancia y la miseria, pensaban, son dos cosas inseparables: miseria física y moral en el obrero; miseria moral en el rico.

(1) Memoria de Leopoldo Palacios, extractada por A. Posada.

Cuando pudieron amueblar una sala rústica con una mesa y unas cuantas sillas, convocaron á los intelectuales para que se dignasen dirigir la palabra al pueblo. Era en los días de la honda crisis, cuando el affaire Dreyfus conturbaba la conciencia de Francia y los espíritus se abismaban en el presentimiento vago de una sociedad reconstruida sobre bases nuevas de Verdad y Justicia.

Zola, France, Buisson, Duclaux y otros acudieron al llamamiento, y así surgió la Universidad Popular, por el esfuerzo espontáneo del proletariado, que comprendió la necesidad de «poner mano en la ciencia y ampararse en las armas poderosas del pensamiento» para avanzar hacia la reconquista del pan y hacia el ensueño de una humanidad mejor.

La Extensión representa, pues, el movimiento generosamente expansivo de las clases letradas hacia el pueblo; y la Universidad Popular encarna la valiente ascensión de las masas hacia las cumbres del saber puro.

Orientados en un fin común, la universidad y el pueblo se acercan, se compenetran y al compartir á la sombra del árbol de la ciencia, el pan y la sal de la fraternidad intelectual, abdican sus prejuicios, desarman sus prevenciones, reconcilian sus agravios en una concordancia de afectos y de creencias que da nervio y estabilidad á la evolución democrática.

Hay un pueblo predestinado de la gloria, y en ese pueblo una metrópolis que por singular designio histórico, es foco radioso de los más excelsos destellos de la sabiduría y el progreso humanos. París tiene una grandeza que abruma; todo es colosal en aquella urbs de la civilización de occidente: su arte y su industria, su comercio y su tráfico, sus fábricas y sus laboratorios, sus teatros y sus templos, sus museos y sus palacios, sus monumentos y sus jardines, su alegría y su genio. Pero para el corazón republicano que la visita, hay algo que vale más que todas esas magnificencias y que lo penetra de emoción inefable: es la germinación estupenda de una vida cerebral que se incuba en el silencio del gabinete, vibra en la austeridad de la cátedra, estalla en el tumulto de los meetings y se derrama generosa como una inmensa onda lubricante sobre la conciencia de las multitudes atormentadas por el aguijón de la duda y por el instinto de la verdad.

Desde los anfiteatros de la Sorbona y del Colegio de Francia, sedes augustas donde la realeza de la erudición y del talento distribuye con gracia pródiga el pan eucarístico del saber, hasta las mairies de distrito donde se alza perpetuamente abierta y perpetuamente activa la tribuna de la conferencia y de la controversia, no hay en aquella ciudad-sol ni un antro para las tinieblas ni un refugio para la ignorancia. Y allí se comprende y se ama la libertad, allí se palpa la soberanía y se reconoce la democracia, en aquella tierra bendita de los derechos del hombre, donde por la amplia difusión de la enseñanza, cada ciudadano es un criterio, una energía, una voluntad autónoma.

Y bien, esa prodigiosa popularización de la cultura es la obra fecunda de dos instituciones post-escolares admirablemente combinadas: la Extensión Universitaria sajona y la Universidad Popular latina.

¿No sería posible arraigar en el suelo feraz de la sociabilidad argentina plantas que nutren con tan opulentos frutos la mentalidad de las naciones europeas?

Debemos intentarlo.

Los arcanos reservan, seguramente, días de esplendor para la patria de nuestra predilección. En el surco abierto por sus próceres germina la buena semilla, y la mies ha de ser copiosa si no sopla sobre la heredad querida el viento agostador de la ignorancia.

Para conjurarlo, es urgente anular el índice de la barbarie representado

por los quinientos mil analfabetos de nuestra población total, y asegurar al pueblo, por la fundación de obras post-escolares, el complemento de cultura que no puede darle la escuela primaria.

Lo primero es tarea, es atribución y es deber de los poderes oficiales, cuya misión civilizadora se ejercita y se amplía con creciente y encomiable diligencia. Lo segundo, tiene que ser la ofrenda que hagan al país sus clases ilustradas.

En La Plata, de graciosos panoramas, de cielo transparente, de vida serena y diáfana, que no conturban ni los afanes de la especulación ni las trepidaciones del trabajo mecánico, acaba de encenderse un foco de intensa labor intelectual. ¿Habrá de transformarse la bella ciudad en una Thèleme ideal, cuyos felices moradores verán transcurrir sus días y descender al ocaso el último sol en el éxtasis moral de la meditación y del estudio despreocupado?

No lo creemos.

Si la institución naciente no ha de ser una fuerza desorientada, anacrónica é indiferente á las necesidades premiosas del actual momento argentino, preciso será que ella persiga un objetivo amplio y humano: ciencia, previsión y acción. Y ¿qué acción más generosa, más trascendental, más reproductiva que la que se aplicase á liberar la conciencia de las multitudes, combatiendo el error que abate á los hombres en el infortunio y socava los cimientos de la democracia?

La nueva universidad, sin tradiciones que la obliguen, sin hábitos que la reaten, sin rutinas que la cristalicen, parece providencialmente llamada á iniciar una evolución de la cultura colectiva, abriendo en su recinto y fuera de él cátedras de vulgarización que difundan la fe científica y ensanchen los horizontes morales de la gran masa.

Si no me faltase autoridad, si pudiese yo invocar otro título que mi audaz preferencia por las cosas del espíritu, quizá me atreviera á decir á las generaciones argentinas unidas con el óleo universitario, que el pueblo pide luz y que ellas le deben siquiera un rayo del fanal encendido en sus almas cuando hicieron la sublime ascensión á las altas regiones del saber.

L. HERRERA,

(Director de la Escuela Normal
de Profesores del Paraná).
